

MÁS QUE PALABRAS



POR CARLOS AGANZO

Existimos porque existieron Aristóteles y Platón. Amamos porque amaron Safo y Alceo. La historia, para Luis Alberto de Cuenca (Madrid, 1950), no es la de antes o después de Cristo, sino la de antes o después de los griegos. Los clásicos, dice, son nuestros compañeros cotidianos; amigos «que se toman el café todos los días con nosotros». Y en este tiempo nuestro de posverdades y otras licuaciones del intelecto, defenderlos, desempolvarlos, reivindicarlos, actualizarlos... es como pelear en una trinchera. La sociedad que deja de leer a los clásicos griegos y romanos se resiente en su capacidad de creación. Y en su propia solvencia. Por eso considera que el trabajo de los buenos traductores puede llegar a ser tan relevante como el de los propios creadores. Salvatore Quasimodo, dice, recibió el Nobel de Literatura por sus traducciones de la lírica griega. Y Basho, dice también, sólo es capaz de mostrar su fuerza arrolladora en nuestro idioma cuando lo traduce, por ejemplo, un Octavio Paz. Algo que se entiende mejor leyendo su última versión del poema 'Esperando a los bárbaros': tal vez se nos ha mostrado a Cavafis demasiado tiempo envuelto en su retórica, «y resulta que era transparente».

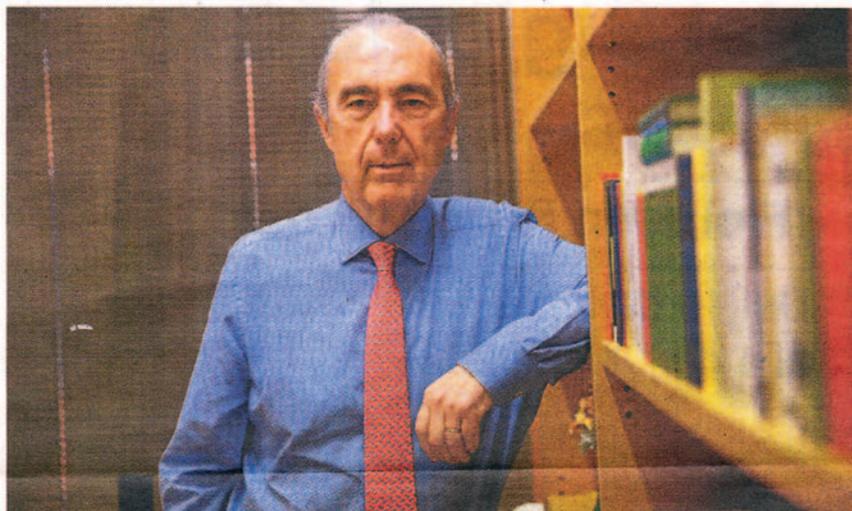
PREMIO NACIONAL DE TRADUCCIÓN.

Del griego, del latín, del francés, del provenzal, del catalán, del inglés, del alemán. A Homero, a Eurípides, a Calímaco, a Guillermo de Poitiers, a Chrétien de Troyes, a Gérard de Nerval. En 1987 Luis Alberto de Cuenca ganó el Premio Nacional de Traducción con su versión del 'Cantar de Valtario', anónimo latino del siglo X. Aunque le pusieron a estudiar derecho, la filología se cruzó en su camino. Con su trabajo en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas ha roto moldes, al cruzar con éxito en el laboratorio (la

fórmula no siempre sale) la erudición y las aproximaciones artísticas. Su propia obra es un ejemplo de esta connivencia: línea oscura en contubernio con la línea clara. Lecturas de alta gama con aire coloquial. Tarzán y Sonja la Roja tomándose un gin tónico con Calímaco y Marie de France. Ternura extraña. Rara elegancia que ha impulsado también desde las colecciones bibliográficas que ha dirigido y que dirige, desde los Ámbitos Literarios de Anthropos hasta las Selecciones Medievales de Siruela, La Cabeza de Medusa de Mondadori o la Fundación

EN LA TRINCHERA DE LOS CLÁSICOS

Para el escritor, traductor e investigador **Luis Alberto de Cuenca**, los clásicos griegos y latinos son compañeros cotidianos, amigos «que se toman el café con nosotros»



Luis Alberto de Cuenca (Madrid, 1950)

ERNESTO AGUDO

Biblioteca de Literatura Universal.

Ahora que se extingue mayo, el embudo de las publicaciones de la pandemia se ensancha un poco más. Ese treinta por ciento de los títulos que se quedaron sin publicar en 2020 pugna a trompicones por salir a la luz en 2021. Pero los editores son todavía prudentes. En su caso, junio sí viene con dos novedades: la publicación de su último libro, 'Después del paraíso', con Visor, y la aparición, dentro de la serie de reedición de sus obras completas, de 'Por fuertes y fronteras', con Reino de Cordelia. Después del paraíso se co-

loca, al final de una treintena larga de poemarios, y recoge más de un centenar de poemas escritos entre 2018 y 2020. El cautiverio, dice, ha dado para mucho. 'Por fuertes y fronteras', publicado en 1996, lleva un título que le sopló al oído San Juan de la Cruz mientras estaba de viaje por Heraclión, en Creta. Y en su momento supuso un cierto cambio de rumbo entre sus primeros libros, 'Los retratos' (1971), 'El sinore' (1972), 'Scholia' (1978) y 'Necrofilia' (1983), y sus segundos, 'La caja de plata' (1985), 'El otro sueño' (1987) y 'El hacha y la rosa' (1993), que van viéndose la luz, uno tras otro, en la editorial de Jesús Egido desde 2015.

PELÍCULAS DE LA VIDA. Luis Alberto de Cuenca va siguiendo esta reedición sucesiva de su obra con enorme interés. Porque al hilo de sus libros la biografía de un escritor se rehace en sus diferentes etapas. Unas de dolor, otras de plenitud fantástica: «Como ver las películas de tu vida en tu filmoteca personal». Porque toda poesía es, nos pongamos como nos pongamos, siempre autobiografía. Hasta la más hermética. Eso sí, en la poesía, como en la traducción, hay siempre que interpretar. En el texto griego, o latino, el traductor es la persona interpuesta que interpreta. En el poema, el interpuesto es el propio yo poético del escritor, convertido en personaje 'ficcionalizado'. Y en esto, como en casi todo en la vida, nada resulta ser lo que parece. Los poemas más ficticios, los más simbólicos y alegóricos, en ocasiones son los más plenamente autobiográficos. Y al contrario: muchas veces el poeta, constituido en 'fingidor' a lo Pessoa, construye un personaje tan de carne y hueso, que resulta imposible no identificarlo con el autor de los versos. Escribir o traducir. Interpelar al mundo desde la experiencia propia o desde la ajena. Más que palabras, en cualquiera de los dos casos. ■